

DISCURSO DEL DR. ALCIBIADES SANTA CRUZ

Señor Ministro de Educación:

Señores Rectores:

Señores:

Veinticinco años, un cuarto de siglo, han pasado y para más de uno de los que iniciaron la obra de cultura que se llamó Universidad y Hospital Clínico, parecería que hace solamente 25 horas, si hubiéramos de juzgar por la nitidez del recuerdo.

Pocos meses antes se había producido la acefalía del entusiasta Comité Organizador, por el viaje de su Presidente a otros países, y clínicamente debe encontrarse ahí el origen de la idea de abrir las puertas de una Universidad que por el momento no tenía local, ni biblioteca, ni salas de trabajo, ni instrumental de laboratorios, ni de gabinetes, ni nada más, en fin, que el impulso entusiasta de las dos personas que dirigían esta arremetida hacia lo desconocido: don Augusto Rivera Parga y el Dr. Virginio Gómez. Ellos contagiaron con la idea de realizar tan descabellado proyecto a hombres maduros y de asentado criterio, como don Julio Parada Benavente, don Edmundo Larenas, don Esteban Iturra y varios más que de costumbre piensan bien lo que van a hacer; pero que en aquel nuevo grito de la juventud impaciente, como el *Beus vult* de los primeros cruzados, formaron entusiastas en las filas de avanzada. Se buscó una casa, si tal podía llamarse, se tocó llamada de profesores, y acudieron pedagogos y profesionales, una

cátedra que a pesar de su importancia en este país, donde la Agricultura e Industria deben darse la mano con la Botánica, podría haber demorado la apertura de la flamante Universidad, y allá fué el doctor Gómez a desenterrar al antiguo Ayudante de Philippi, y se anunció el día en que principiarían las clases.

En una mañana fresca y soleada del mes de marzo, el que habla llegaba a hacer la primera clase de la Escuela de Farmacia, primera que se abría en la flamante Universidad, y tengo que confesar que durante una fracción de segundo estuve tentado por volver atrás, ante la vista de aquella casuca que tenía una pequeña pieza de tipo muy moderno, porque nada cabía en ella, y que era Secretaría, Inspectoría y otras cosas, y que estaba acompañada de una salita de 12 metros cuadrados: la Aula Magna Universitaria. Completaba la instalación un cuarto con piso de cemento, que era el Laboratorio y con mucha razón, porque era la cocina de la casa.

En aquella sala de clases esperaba una veintena de muchachas que, confiadas en la palabra de los organizadores, venían a entregarnos su destino futuro. Si algún temor pudiera tener el que iba como el obrero que quita la última cuña para lanzar al mar la nueva nave, a iniciar la primera lección que daba la nueva Universidad, la vista de aquellas niñas tranquilas y confiadas hizo imperativo el deber de seguir adelante. A unas pocas palabras de introducción, una benévola presentación por el Dr. Gómez y *Alea jacta fuit*. Adelante, nadie entonces ni ahora ha mirado hacia atrás, y allá fuimos y aquí estamos.

Narrar todas las peripecias de aquellos primeros años, en que nuestra Institución conoció primero las vacas flacas antes que las espigas maduras, las dificultades con hombres y con cosas, las campañas para defender nuestra fuente de entradas, que vivía y habré de creer que vive, como el equilibrista sobre cuya cabeza zumba un tábano, es obra que no quiero emprender, porque los viejos tenemos el defecto de la minuciosidad, y porque muchos pasajes de esta historia serían tema para escritores

como lo fueron Daniel Riquelme o Joaquín Díaz: quédese ello para la charla de las tardes y ahora presentamos lo que hemos hecho.

Hay, sin embargo, un fenómeno fisiológico que otros explicarán: cómo es posible que dos seres concebidos al mismo tiempo puedan tener 24 años de diferencia: El grito de guerra de los primeros tiempos fué «Universidad y Hospital Clínico» y hace apenas un año que se inaugura uno cuando la otra cumple su primer cuarto de siglo. Raro caso que no pretendo aclarar, contentándome con celebrar de corazón el feliz término de una larga campaña, y hacer constar aquí que la constancia inquebrantable del Dr. Gómez dejó arraigada en forma inamovible la idea del Hospital Clínico, idea que no pudo ya abandonarse al pensar en la construcción del Hospital para Concepción.

Señores, si quien dice Universidad de Concepción está diciendo Enrique Molina, sin que sea posible hacer separación entre uno y otro, cuando se habla de Hospital Clínico debe pensarse igualmente en el infatigable Apóstol de esta destinación. La verdad, es señores, que si se hubiera de dar un nombre a este Hospital, yo pintaría en su fachada: Hospital Clínico Virginio Gómez.

Crecía la Universidad y se cimentaba su fuente de entradas, se aumentaba el número de maestros, y el recuerdo de las penurias principiaba a volverse leyenda, y era natural que así sucediera, porque a las preocupaciones por la vida sucedían ahora las preocupaciones para la marcha. Es ahora el maestro el que debe secundar la pesada tarea de las autoridades que dirigen, administran y fijan rumbos. Es ahora el maestro el que debe recibir esos jóvenes cerebros que llegan a las aulas universitarias con verdadera dispepsia mental, intoxicados con el estudio de ramos numerosos repartidos en programas de desaforada longitud, como si el muchacho debiera dedicarse a la especialidad de cada uno de ellos. Es preciso destruir el «por qué libro estudiamos» para dar lugar a la explicación clara, fácilmente com-

previsible, dejando el galimatías para los políticos de incubadora o para los pedantes de igual cuño. El camino intelectual del muchacho debe quedar ampliamente iluminado con las luces de la conciencia de sus deberes, con el concepto de la honradez, de la hidalguía, de la confianza en su proceder, que abran su criterio y le permitan desarrollar libremente su espíritu.

Como el más viejo de los profesores de esta Universidad, puedo decir con satisfacción, señores, que hemos sabido cumplir con este designio, y que el fruto de estos veinticinco años de labor ha sido una legión de profesionales de merecida reputación y un aporte de conocimientos en el campo de investigación que satisface ampliamente, y que dentro y fuera del país es conocido y considerado.

Señor Ministro, señores Rectores, señores que habéis tenido la benevolencia de honrar con vuestra presencia nuestras bodas de plata universitarias: esto es lo que hemos hecho en estos veinticinco años, y esto y lo más que sea posible lo que seguiremos haciendo siempre, año tras año, porque la vida del educador no termina con la muerte: se prolonga después con el ejemplo que debe dar a los que lo reemplacen.